

Vº CONCURSO LITERARIO
Y IIº VIRTUAL SOBRE MARRATIVA
CENTRO MURCIANO EN CÓRDOBA

OBRA:

“Con aroma a canela”

Pseudónimo: José Luján

CON AROMA A CANELA (*)

Inés acariciaba el cabello de su hija, mientras le decía al oído:

—Manu, un año pasa rápido, no te preocupes. Además, en esta época, podés hacer videollamadas, lo ves todos los días, conversan...

—Pero no es lo mismo, mami. Lo voy a extrañar mucho —contestaba con palabras entrecortadas.

Manuela y Juan habían estado de novios cuatro años y hacía apenas cinco meses se habían casado. La boda fue muy sencilla, como ellos. El civil, la iglesia y un almuerzo en la casa de él. Como era típico en todas las fiestas familiares, ese día no faltaron las rosquitas de anís ni los mantecados de canela de la abuela Angelita, que, a sus más de 80, aún seguía elaborándolos con mucha alegría. Otros de la familia habían intentado hacerlos con su receta, pero, aunque ricos también, jamás sabían como los de ella. Quizás porque el amor que le ponía la abuela era único. Quizás porque cada vez que los cocinaba recordaba su pueblo natal y ese sentimiento se colaba en la masa. Ese pueblo querido, que desde muy niña había tenido que dejar y al que nunca pudo volver, llamado Pliego.

Juan, el flamante esposo de Manuela, había ganado una beca para participar en un trabajo de investigación en los Estados Unidos. Una oportunidad única en su vida que no podría desperdiciar, aunque mucho le pesaba dejar por tanto tiempo a su querida esposa. Ella no podía dejar su trabajo, vivían en un departamento alquilado y su economía era ajustada. No les sobraba nada. Él, que había intentado por todos los medios de llevarla, había fracasado. La investigación le insumiría tiempo completo y los viáticos apenas cubrirían sus propios gastos. Pero si resistían esa separación, al regreso la cosa cambiaría. Finalizado el trabajo, Juan recibiría un importante pago en dólares, que, en Argentina le

rendirían muchísimo. Pensar en un viaje de visita para Manuela no era una posibilidad, para ellos, económicamente, era inaccesible.

Hacía apenas dos meses que él había partido hacia el país del norte y Manuela era un mar de lágrimas. Estaba segura de su amor, pero temía que la distancia y el tiempo interfirieran entre ellos. Una tarde, en que su madre ya no sabía cómo consolarla, le pidió ayuda a Angelita, su suegra. Entre abuela y nieta tenían una relación única, transparente, sólida. Se entendían apenas con mirarse. Eran su mutua debilidad. Manuela había sido la primera nieta mujer, la más malcriada por Angelita, la que pasaba más días en casa de ella que en la propia. Siendo niña, al llegar, recibía dos caramelos de manos de la abuela. Así se los dosificaba, dos por día, luego de almorzar, como si fuera un dulce medicamento. El patio, repleto de rosales y malvones de los más variados tonos era el orgullo de la familia y el lugar que a Manuela más le gustaba. Porque para acceder a él, había que traspasar una cortina de tiritas plásticas de muchos colores, con las que le gustaba jugar a diario. Si había un olor que identificaba a la casa de la abuela, era el de la canela. Ella siempre se jactaba, como buena española, de que la comida debía estar muy bien condimentada, que el azafrán en hebras, que el “pimentón de la vera”... pero por lejos el preferido en su cocina era la canela... Y había una razón: oler a canela era pasear por las callecitas de su pueblo, ver los almendros y los albaricoqueros, respirar ese aire español que corría por sus venas. Aunque llevaba más de setenta años en Argentina, ella hablaba con una mezcla de “vos” y “tú” que también la hacían única. Ni “tú sabes” ni “vos sabés”, la abuela amalgamaba los modos y decía “vos sabes”.

Angela no dudó en ir al departamento de su nieta ante el pedido de Inés. Al llegar, la encontró acongojada y triste, pero ella, hábil como pocas, logró sacarle la más grande sonrisa, cuando apenas entrar, le dijo “*¿Querés que te cuente el cuento de la cabrita montés, que de un pedo mató a tres y tiró piñas y peñascos y a los viejos por un*

barranco?” Manuela nunca había sabido cómo era en realidad ese cuento, si existía o no; si era un invento de su abuela, una adaptación o qué. Pero pasaba que, al oír esa frase, siempre, indefectiblemente, le provocaba una risa imparable y contagiosa. Escuchar, en el mismo cuento, a la abuela haciendo la voz de la pequeña hormiga “*eso no lo carga mi costalico, ni lo muele mi molinico*” le transmitía una gran ternura. Y la risa volvía a instalarse, cada vez que la abuela remataba el cuento “*yo soy hormiguita, de mi hormigal, me engancho en tu culo y te hago saltar*”. Solo el hecho de oír la palabra “culo” en boca de su abuela la hacía sonreír.

Juntas pasaron toda la tarde. Primero, recordando cuentos; luego jugando a la básica y, por último, cocinando. Ángela sabía del gusto de su nieta por los mantecados y precavidamente, había llevado todos los ingredientes para hacerlos. Mientras se horneaban y cuando el sol de otoño comenzaba a ocultarse, a Manuela, nuevamente la invadió la tristeza y si bien Ángela ya debía irse, no quiso dejar así a su nieta (ni a los mantecados en el horno).

—Hijita, no me gusta verte así. Juan es un amor, ya verás qué rápido pasará el tiempo y pronto estarán juntos otra vez.

—Sí, lo sé. Y también sé que no debo ser egoísta... Pero es que lo extraño tanto... Además, saberlo solo allá, ¡mirá si se enamora de otra!

—Eso no va a pasar, te lo digo yo y sé por qué lo hago. ¿O acaso no se casaron en la iglesia de la Merced?

—Sí, nos casamos ahí, pero ¿qué tiene que ver eso, abuela?

—¿Cómo qué tiene que ver? ¿Que no sabes lo que ha pasado en Murcia, allá cerquita de mi pueblo con unos enamorados en la iglesia de la Merced?

—Ni idea...—respondió Manuela interrogante.

—Mira, mi niña, que esta es una historia que lleva años. Y yo, desde que he sabido de ella, siempre he llevado una estampa de la Virgen de los Remedios conmigo... Y no sé si por ella o no, pero tu abuelo y yo hemos sido felices siempre, aún en los tiempos en que vivimos separados... Porque, Manu, años atrás, el trabajo escaseaba mucho y tu abuelo ha tenido que ausentarse por meses por una changa para que no nos faltara el pan a nosotros.

—Supe de eso, de todos los sacrificios del abuelo.

—Mira cómo habrán sido las cosas, que a tu padre lo conoció cuando tenía dos meses. No pudo llegar a su nacimiento.

—Encima que estoy triste vos me contás esas cosas, abuela, ¡y pretendés que no me ponga a llorar! Pero bueno, al fin y al cabo, ¿qué tiene que ver la iglesia dónde me casé y esa estampa que nombraste?

—La cosa es así... —Angela trató de hacer memoria de esa leyenda que aún circulaba por toda la región— Dicen que había una joven mocita, muy hermosa ella y con muchos pretendientes. Pero de tantos que tenía, a ella solo le interesaba uno. Él era bien parecido, alto, de ojos claros. Comenzaron a noviar y él le propuso que *“tenían que conocerse más”* y en mis tierras, Manu, eso significa... —la abuela se sonrojó— justo lo que estás pensando. Y esto pasó como en el 1700. Ella no quería, pero él insistía, todos los días. Hasta que tanto lo hizo que ella le propuso hacer un pacto; un pacto frente a la imagen de la Virgen, en la iglesia de la Merced. Le dijo que, si llegaban a concretar el acto amoroso, ellos deberían casarse, pasara lo que pasase en sus vidas. Él, mirando a la niña y también a la Virgen, asintió a la promesa. Cuestión, nena, que ella se entregó y al poquito tiempo él fue llamado para ir a la guerra. Estuvo algunos años fuera, pero regresó y ni por asomo

pensaba en aquella muchacha a quién le había sacado “la virtud”. Cuando se encontraron, él la desconoció y le dijo que no se acordaba de nada. Ella, herida en su amor propio, lo buscó cada día de su vida, cosa que a él le molestaba. Ante su gran insistencia le volvió a proponer otro pacto y, luego de hacerlo, ella lo dejaría en paz luego. Irían al mismo lugar, a la puerta de la iglesia de La Merced, frente a la imagen de la Virgen de los Remedios. Con tal de sacársela de encima, el joven asintió y ahí mismo, ella mirando a la Virgen preguntó: ¿verdad que este joven prometió casarse conmigo pasara lo que pasara con su vida? Para sorpresa de ambos, mientras él decía que no, la imagen de piedra de la Virgen de los Remedios, ladeó la cabeza a su izquierda, como contradiciéndolo y reafirmando las palabras de ella. Tal fue el asombro del joven que quedó sin palabras y, sinceramente arrepentido, se casó con quien lo había esperado tanto tiempo. Y es al día de hoy, mi querida, que la imagen que está al frente de esa iglesia en Murcia está así, mirando hacia el costado —Angela terminó de hablar y abrazó a su nieta.

—Gracias por tus historias, abue.

—Mirá, te voy a dar algo —la abuela buscó en el interior de su bolso negro. Desde dentro de un cartón doblado y agarrado con un clip que ya estaba oxidado, sacó una foto ajeda por el tiempo.

—¿Quién es? —preguntó Manuela.

—Es la imagen de la que te hablé, la de la Virgen con la cabeza ladeada. Un amigo de la familia me la trajo hace muchísimos años. Como el abuelo ya no está, yo no la preciso... y a vos, te va a dar tranquilidad. Ella te va a ayudar a que cada vez que se vaya Juan, regrese a vos. ¡Uy, Manu! ¡Los mantecados! ¡Pasame un repasador que los saco!

Manuela le agradeció con otro fuerte abrazo y guardó la vieja fotografía en su billetera. Cuando estaban así, mimándose, le sonó el celular. Era Juan en videollamada.

—Atendé, nena, que yo me tomo un taxi acá en la puerta.

—Te pido uno, abuela, es tarde.

—Que no, que no. Que estamos sobre la avenida y pasan cada cinco minutos. Vos, al teléfono, que tu marido espera.

Se despidieron con un abrazo. Mientras Manuela le contaba a Juan la tarde mágica que había pasado con su abuela, en toda la casa flotaba un dulce aroma a canela.

JOSÉ LUJÁN

(*) En memoria de “la abuela Isabel Vieja”, mi bisabuela, Isabel Álvarez Carreño, nacida en España, en 1899, a quien pude conocer; y de mi abuela, Isabel Ferrer Álvarez, que, aunque nació en Mendoza (Argentina), se ocupó de mantener vivo el espíritu de su madre a través de la cocina.